

imaginación humana, que van disipándose á medida que la humanidad conoce la realidad de las cosas. Si alguna cosa debiera llamarse Dios, sería el Hombre mismo, ó, mejor, la Humanidad suprema, manifestación del Ser en su proceso evolutivo.

3.^a La moral es el resultado y como la expresión del yo social, el cual á su vez resulta de las condiciones subjetivas de los individuos y de la naturaleza del medio en que viven. Luego ni Dios es el autor ó fundamento de la moral, ni hay distinción esencial y primitiva entre el bien y el mal.

Clifford, como casi todos los filósofos ingleses que escribieron después de Darwin, concede grande importancia á la selección natural en la cuestión psicológica y en la cuestión moral. En el terreno metafísico, dicho se está que la concepción de Clifford coincide con la del materialismo, pudiendo decirse que las diferencias son más nominales que reales. Si para el materialismo vulgar la substancia que constituye el Ser ó realidad del Universo es *materia-fuerza*, y el movimiento ó fenómenos físicos son primero que los psíquicos ó mentales, y constituyen el fondo real de éstos, para Clifford la substancia que constituye la realidad del Universo-mundo ó del Ser, es la misma que la del materialismo, sólo que la apellida fuerza-materia, ó, mejor, *espíritu-materia*, y concede la preferencia y prioridad á los fenómenos psíquicos con respecto á los físicos.

§ 55.

EL DARWINISMO.

El movimiento filosófico realizado en Inglaterra en la segunda mitad de nuestro siglo, se halla ligado íntimamente con el darwinismo. Por esta razón no es posible prescindir de éste al reseñar la historia de la Filosofía en la Gran Bretaña, por más que la concepción del fundador del darwinismo, más bien que en la historia de la Filosofía, tendría su sitio propio en la historia de las ciencias naturales y físicas. La necesidad, sin embargo, de exponer sumariamente la doctrina de Darwin, se halla justificada también en parte por sus relaciones con la antropología.

Como la mayor parte de las teorías modernas, la darwinista tiene antecedentes reales y bastante completos en la historia de las ciencias, hasta el punto de que Quatrefages pudo escribir una obra con este título significativo y muy justificado: *Los precursores de Darwin*.

En su *Filosofía zoológica*, que vió la luz pública en los primeros años de este siglo, Lamarck ensayó explicar el origen, diferencias y generación de las especies animales por medio del transformismo, es decir, mediante la hipótesis de una evolución progresiva y ascendente desde los animales más imperfectos á los más perfectos, desde los organismos más simples á los más complejos. La *adaptación* respecto del medio, ó sea el esfuerzo natural para ponerse en relación y armonía

con las condiciones que rodean al viviente, *la herencia* ó transmisión hereditaria de las propiedades adquiridas, el *hábito* resultante del ejercicio ú ociosidad de los órganos y funciones correspondientes, son las causas principales que producen la transformación de una especie en otra, según la teoría de Lamarck.

Medio siglo después (1859) Carlos Darwin publicaba su famoso libro sobre *El origen de las especies*, en el cual y con el cual desenvolvía y completaba la idea de Lamarck, formulando una teoría, si no más sólida que la de aquél, más científica por la abundancia de hechos y observaciones, y más comprensiva por la virtualidad de sus aplicaciones. Esta teoría, aunque denominada y conocida generalmente por el nombre ó apellido de su autor (Darwinismo), pudiera apellidarse teoría de la selección, toda vez que esta juega en ella el principal papel.

La transición desde la hipótesis de Lamarck á la teoría de Darwin no se verificó bruscamente, sino á través de varios naturalistas, cuyos trabajos representan una elaboración intelectual relacionada con la idea transformista. Sin contar á Geoffroy Saint-Hilaire (Esteban), Bory Saint-Vincent, Naudin, con algunos otros naturalistas franceses, son dignos de especial mención en este sentido Oken, por razón de su *Filosofía de la naturaleza*; Carus, autor del *Sistema de la morfología animal*; el trabajo de Schaafhausen sobre la *Fijeza y transmutación de las especies*. En la misma Inglaterra, Darwin tuvo precursores y contemporáneos, como Powell y Wallace, siendo de notar que entre los primeros puede contarse al abuelo de Darwin (Erasmus Darwin), que á fines del pasado siglo publicó una obra

con el título de *Zoonomia*, en la cual aparecen algunas de las ideas adoptadas después por su nieto. Malthus merece figurar también entre los precursores é inspiradores de Darwin, á causa de su doctrina acerca de la ley que preside al desarrollo de la población, doctrina que representa un elemento importante de la teoría darwiniana, teoría que puede resumirse en los siguientes términos.

La experiencia y la observación enseñan que el número de gérmenes é individuos capaces de ser producidos en una especie, ó, si se quiere, por los individuos de una especie, es muy superior al número de individuos que de hecho reciben y conservan la vida. Sucumben, pues, muchísimos individuos de cada especie, y sucumben, porque se ven precisados á luchar desde su nacimiento mismo contra mil obstáculos que se atraviesan en su camino, contra mil circunstancias exteriores y mil influencias dañinas de temperatura, de clima, etc., y, sobre todo, contra otros organismos, ya de especies diferentes, ya de su misma especie, que, ó los persiguen y acometen para devorarlos, ó les disputan el alimento y los medios de subsistencia. En virtud de esta *lucha por la existencia* ó concurrencia vital, los individuos más fuertes y robustos son los únicos que conservan y desarrollan la vida, mientras que los más débiles é inferiores sucumben, resultando de aquí que la conservación, progreso y perfección de la especie se verifican mediante una *selección natural* y espontánea de la naturaleza misma.

Esta selección natural, aunque es la causa principal, no es la causa única de la transformación de una especie en otra, sino que lleva consigo, como auxilia-

res y factores secundarios, la adaptación, ó facultad de los animales para *adaptarse* y acomodarse al medio ambiente y demás condiciones externas; la *herencia*, ó facultad de transmitir por generación las cualidades y perfecciones personales; la *selección sexual*, así como también la *correlación del crecimiento*, la fijación de caracteres ó *caracterización* permanente, con algunas otras leyes menos importantes. Todas estas causas, obrando de consuno con la selección natural y la lucha por la existencia, acumulando sucesiva y paulatinamente en determinados individuos de una especie cualidades especiales, perfecciones similares y variaciones parciales de ciertos miembros y formas orgánicas, dan origen y llegan á constituir nuevas especies y nuevos géneros de animales.

Luego las manifestaciones múltiples y diferentes de la vida, al menos en su fase zoológica, las especies, los géneros, las familias, lo mismo que las variedades y las razas, son el resultado y la expresión de una serie lenta y sucesiva de perfecciones insensibles y como infinitesimales, que se acumulan y desenvuelven en millares de años, de manera que toda la escala zoológica, con sus especies, géneros y familias, con todas sus diferencias, es producto y efecto de uno ó pocos protoplasmas primitivos, de una célula primordial, que se desarrolla y transforma en toda clase de animales en virtud de la selección natural, favorecida y auxiliada por la concurrencia vital, la herencia, la adaptación, la selección sexual, etc.

Hasta aquí la teoría expuesta por Darwin en su primera obra formal sobre la materia; obra en la cual ni rechaza la creación para explicar el origen primero

de la vida, ni se atreve á aplicar su hipótesis al origen del hombre. Sólo diez años más tarde, y cuando su discípulo Hæckel, más atrevido y más lógico que su maestro, proclamó que el hombre es una transformación del mono, el naturalista inglés abandonó la reserva en que se había encerrado acerca de este punto, y publicó su *Origen del hombre*, y poco después su *Descendencia del hombre y la selección sexual*.

El objeto de estas obras es probar que el progenitor del hombre es el mono, y que lo que llamamos la especie humana es una evolución espontánea y natural de la especie simia, una transformación del mono antropoide, realizada en virtud de la ley de selección natural y sus auxiliares, ni más ni menos que los reptiles y aves representan transformaciones graduales de gusanos, moluscos y peces.

Y no es sólo la substancia del hombre, sus fuerzas físicas y sus propiedades orgánicas las que deben su origen al mono, sino también todo lo que constituye el orden moral, el intelectual y hasta el religioso. Según Darwin, la interpretación de los sueños, las alucinaciones de la imaginación, con otros fenómenos análogos, inspiraron al hombre la idea de los espíritus, y sirvieron de base y premisa para la idea de Dios y la persuasión de su existencia. La ley moral, esa ley que lleva consigo la distinción esencial entre el vicio y la virtud, entre lo bueno y lo malo, es una mera transformación de los instintos sociales de los brutos, realizada por medio de la selección natural, selección inconsciente, á la cual deben también su origen y su ser los sentimientos y deberes morales, que, en definitiva, no son otra cosa más que ciertos hábitos é instintos de

los animales, robustecidos y perfeccionados, gracias á la selección natural, auxiliada por los demás factores de la evolución que se han indicado.

El fundamento en que se apoya Darwin para establecer y afirmar la progenie símica por parte del hombre, es la *variabilidad* de éste en su conformación corporal y en sus facultades mentales, junto con su transmisión hereditaria. «Para resolver, escribe, si el hombre es el descendiente modificado de alguna forma preexistente, es necesario averiguar ante todo si varía, por poco que sea, en su conformación corporal y en sus facultades mentales; y si esto sucede, si estas variaciones se transmiten á sus descendientes, según las leyes que prevalecen en los animales inferiores (1).»

Es decir, que para poder afirmar absolutamente y para establecer como conclusión demostrada científicamente que el hombre procede del mono, basta que en el primero se observen algunas variaciones transmisibles á sus descendientes, sin necesidad de averiguar si esas variaciones y su transmisibilidad están contenidas dentro de ciertos límites; si son de tal naturaleza, que pueden constituir especies nuevas, ó sólo razas y variedades. No hay para qué advertir que hay aquí un verdadero sofisma, y sofisma que palpita perpetuamente, aunque bajo diferentes formas, en la teoría darwinista.

Así se concibe que el autor de ésta, fundándose en esas variaciones transmisibles que se observan en el hombre y que siempre se han observado en el mismo, y corroborando ese fenómeno con *probabilidades é ima-*

(1) *La descendance de l'homme*, trad. Moulimé, t. 1, pág. 7.

ginaciones, nos explique la generación símica del hombre en los siguientes términos: «Subiendo lo más alto posible en la genealogía del reino vertebrado, encontramos que los primeros antepasados de este reino han consistido *probablemente* en un grupo de animales marinos, semejantes á las larvas de los ascidios hoy existentes. Estos animales produjeron *probablemente* un grupo de peces de organización tan inferior como la del amfioxus: este grupo *debió* producir los ganoideos, el lepidosirano, peces que ciertamente son poco inferiores á los anfibios.... En los mamíferos, fácilmente *se imagina* uno los grados que hubieron de conducir los monotremas antiguos á los marsupiales, y éstos á los primeros antepasados de los mamíferos placentoideos. Sellega así á los lemuridos, que se hallan separados de los simidos por un intervalo pequeño. Los simidos dividiéronse entonces en dos grandes troncos, es decir, en monos del nuevo mundo y monos del mundo antiguo: de estos últimos, pero en época remotísima, procedió el hombre, maravilla y gloria del Universo.»

Como suceder suele en la mayor parte de las concepciones sistemáticas, sobre todo cuando se trata de sistemas fundados en hipótesis gratuitas y en datos incompletos, los partidarios del darwinismo no están de acuerdo sobre uno de sus puntos capitales, cual es el origen y la base misma de la evolución transformista. Son algunos de ellos partidarios de la procedencia *monogénica*, al paso que otros defienden la *poligénica* y las *series paralelas* en el origen y proceso de la vida. Quién busca y señala el origen de ésta en un *protoplasma* innominado, quién en la *mónera*, quién en el

cozoon canadense, quién en el *bathybius*, quién en *crystalizaciones orgánicas* que allá en los primeros tiempos del mundo flotaban en la superficie de inmensos océanos, según nos asegura Mad. Royer.

§ 56.

CRÍTICA.

Cosa es de suyo manifiesta, por lo que acabo de exponer, que la teoría de Darwin ofrece muy estrecha afinidad con el materialismo y el ateísmo, hacia los cuales gravita con todo su peso, si ya no es que se confunde é identifica con ellos. Ciertamente que no hay derecho para rechazar la tesis ateo-materialista cuando se afirma que la idea de Dios debe su origen á una concepción fantástica de los espíritus, á ilusiones de la imaginación, á sueños y sombras; cuando los sentimientos religiosos y los deberes morales se consideran como transformaciones de los hábitos é instintos de los brutos, y cuando en el hombre de la ciencia y de la santidad, en el hombre de la razón y de la libertad, no se descubre más que un mono perfeccionado.

Por otro lado, la historia, de acuerdo con la lógica, se ha encargado de poner en evidencia este punto, dándonos en espectáculo á la mayor parte de los partidarios del darwinismo marchando decididamente por las vías del materialismo, como veremos después.

Prescindiendo de sus derivaciones lógicas, y aun considerada en sí misma, la teoría de Darwin carece

de solidez, á pesar del aparato científico con que se presenta. Por de pronto, su base es una hipótesis gratuita, puesto que comienza afirmando la existencia de un protoplasma que nadie ha visto y que se introduce de repente en la escena, sin saber por qué ni cuál sea su causa. Ciertamente que si todo el reino zoológico procede de este protoplasma, llámese célula, mónera, ó como se quiera, no hay razón para negar que procede también del mismo germen el reino vegetal. Después de todo, la diferencia entre ciertos vegetales y las primeras manifestaciones zoológicas no es mayor que la que existe entre la célula y el hombre.

No es menos gratuita la hipótesis de la selección natural como causa eficiente y suficiente de la producción de las especies; porque si la selección no puede producir, sino que supone el germen vital primitivo, no hay razón alguna para suponer que puede producir por sí sola las especies, entre las cuales hay diferencias esenciales tan profundas y radicales, y tan imposible es formar un hombre de un molusco, como formar un triángulo de puntos.

Vera escribe, con razón, á este propósito: «Si á un geómetra que me pidiera la explicación del triángulo se le respondiera: la formación del triángulo se realiza en virtud de la selección natural y de la manera siguiente: el punto, en virtud de la selección natural, se convierte en línea, la línea en ángulo, y, finalmente, los ángulos, impulsados á unirse por la selección natural, se convierten en triángulo, ¿qué pensaría de semejante explicación? Se admiraría, por de pronto, de la facilidad con que la selección natural explica las cosas; pero recordando en seguida su ciencia y sus